

Pero al decaer el Imperio español, la lengua «compañera del Imperio» —como vaticinara Nebrija— sufrió el mismo fatal destino.

Las causas de tal decadencia lingüística en el español fueron justamente las dos mismas que padeciera el Latín: una causa *interna* y otra *externa*.

* * *

La *causa interna* se debió a la «hipertrofia» *culterana* y *conceptista*. (Como lo fuera en Roma la literatura barroca de Lucano, Séneca y otros escritores provinciales de su Edad de Plata.)

Frente a la orgullosa afectación «cult», el elemento «popular» del idioma se separó, rompiéndose así la unidad imprescindible entre «cultismo» y «popularismo», que había constituido el secreto áureo de la Lengua Imperial de Garcilaso, Teresa, Cervantes.

La *causa externa* de la decadencia lingüística española se debió —también como en Roma— al *influxo invasor* de otras culturas extrañas al Imperio. En el caso hispánico, la *cultura francesa*, introducida desde 1700 por la dinastía borbónica, que trajo una propagación intensa del «galicismo» en el lenguaje y en la vida total del pueblo español. Como denunciaba Quintana, desesperado: «comíamos, vestíamos, bailábamos y pensábamos a la francesa». (Algunos ejemplos de «galicismos». En el léxico: *libertinaje*, *coqueta*, *departamento*, *irreprochable*, *asamblea*, *Bellas Letras*... De construcción: «*tengo el honor de*», «*hacer sus devociones*», «*acusar recibo*».

* * *

Hasta tal punto fué grave la crisis vital del idioma español, que varios escritores le lloraron ya como a una «lengua muerta». «Ha muerto en el Monte Parnaso, ante Apo-

lo, sostenida por Alfonso X, don Juan Manuel.» (Forner.) «Ha expirado la lengua castellana que dios haya.» (Periódico de la época.)

* * *

Pero las lenguas —formas de vida— buscan siempre su renacer. Y así sucedió con la española.

Frente al morbosos peligro interno del «culteranismo» y «conceptismo» se buscó el remedio eliminando todos aquellos vocablos que no fueran «puros», es decir, garantizados por la autoridad de los autores clásicos españoles. Esta fué la labor de los *Eruditos* del siglo XVIII —como lo fuera en el Renacimiento la labor de los *Humanistas*—, sustituyendo las corrupciones del latín medieval por el «puro» latín de Virgilio o Cicerón. Tal movimiento se llamó PURISMO.

Y frente al peligro *externo* y alógeno del «galicismo», esos eruditos dieciochescos buscaron el remedio en las raíces mismas de la «casta» idiomática del español. Recogiendo del «pueblo» las formas «tradicionales» y empezando a publicar los textos «castizos» de nuestros ORIGENES lingüísticos. (Cantares de gesta, «Crónicas, Romances, Teatro Antiguo.» Tal como los Humanistas del Renacimiento hicieron con los Refranes, Juegos, Adagios del pueblo, con la «sabiduría popular» o «filosofía vulgar». Este movimiento se llamó CASTICISMO.

* * *

Y así como en el Renacimiento los Humanistas necesitaron la edición de «gramáticas» y «diccionarios» del *Latín renaciente* —y la fundación de «academias», que diesen normas—, también ahora los Eruditos del XVIII fundaron su *Academia* (la Real Española, en 1714) para *pulir*, *fixar* y dar *esplendor* a ese español que «renacía» por el estudio. Pu